

MURILLO PINTANDO CUADROS EN UN CONVENTO DE SEVILLA

BARTOLOME ESTEBAN MURILLO

EL CÉLEBRE PINTOR ESPAÑOL DE MADONAS Y NIÑOS

HACE tres siglos, era la gente mucho más aficionada a los cuadros que en nuestros tiempos. La pintura era la más popular de todas las bellas artes. En aquellos remotos tiempos había muy pocas personas que supiesen leer; y los libros, además, eran muy caros. Por otra parte, todo el mundo podía entender lo que sus ojos veían en un cuadro, por lo cual se colgaban gran número de éstos de las paredes de los templos y de los edificios públicos, a fin de que hasta las personas más pobres e ignorantes pudiesen contemplarlos y deducir de su contemplación saludables enseñanzas; y hasta en las casas de los más pobres y humildes obreros había casi tantos cuadros como en las suntuosas mansiones de los potentados.

Esto ocurría sobre todo en España y en Holanda, donde el arte de la pintura hallábase en un estado sobremanera floreciente. Cuando los habitantes de una ciudad descubrían que uno de sus conciudadanos poseía la habilidad de pintar cuadros bellos, desbordábase su entusiasmo, y le honraban mucho más que si se hubiese tratado de un famoso caudillo o de un magnate. Por eso en aquella época, la principal ambición de los jóvenes que soñaban en un brillante porvenir era llegar a ser un gran pintor.

Bartolomé Esteban Murillo vió su primera luz, en el año de 1617, en Sevilla, la risueña capital andaluza de los perfumados naranjales y los enjabelgados palacios, y desde su más tierna infancia dió nuestras de poseer un talento nada común para el dibujo. Sus padres le enviaban a la escuela, pero, en vez de estudiar las lecciones, llenaba los libros de retratos de sus condiscípulos. Y tal arte y habilidad desplegaba en su ejecución, que, lejos de reñirle el maestro, acostumbraba a exclamar: « No me extrañaría que este chico llegara a ser un gran pintor, con el tiempo ».

Los días festivos, en lugar de pasar el tiempo jugando con sus camaradas en las estrechas y frescas callejuelas de Sevilla, recorría las iglesias contemplando embelesado las pinturas religiosas.

—¡Oh, si algún día pudiese yo pintar de ese modo!—solía exclamar suspirando.

Y se sentaba ante algunos de aquellos admirables lienzos y en un trozo de papel sucio, recogido, al pasar, de algún montón de basura, trataba de copiar algún bello retrato del Dios niño.

Los padres de Murillo eran pobres trabajadores, pero estaban orgullosos de su hijo, y practicaban cuantas economías les era posible para costearle su educación artística cuando fuese más crecido. Presentóse, sin embargo, en Sevilla, antes que Murillo cumpliese los once años de edad, una terrible epidemia que arrebató la vida a sus padres; y el famoso pintor quedó sumido en la miseria, y sin más compañía que una hermanita pequeña. Mas un tío suyo acudió compasivo en su socorro y recogió en su casa a los dos huérfanos. También el tío era pobre, pero, por fortuna, tenía amistad con un artista sevillano, que necesitaba la ayuda de un muchacho para ciertas faenas secundarias, anejas a la pintura.

Un niño campesino, cuadro de Bartolomé E. Murillo.

De esta suerte pisó por vez primera Murillo el sendero, por el que había de caminar su vida entera. Cierto que sus obligaciones se limitaban a barrer y tener limpio el estudio de su amo, a cepillarle la ropa, ordenarle los cuadros y llevarle recados de un lado para otro; pero, mientras desempeñaba estas humildes tareas, observaba con ojo avizor cómo trabajaba el pintor, y, en sus horas de asueto, se entretenía en copiar los dibujos del artista. Era su amo, en realidad, uno de los peores pintores de Sevilla; pero Murillo no reparaba en ello, considerándose feliz de poder ir adquiriendo algunos conocimientos relativos al arte que amaba con tan irresistible apasionamiento.

El talento del muchacho hubo de impresionar al pintor, y, cuando no tenía entre manos algún trabajo, solía darle lecciones de dibujo. Por fortuna, Castillo, pues este era su nombre, bosquejaba y dibujaba muy bien, y sólo su destestable colorido era el que le privaba de ganar dinero y fama. Murillo no tardó en acreditar a su maestro, y a la edad de quince años, mereció ya que una iglesia de Sevilla adquiriese una de sus obras.

Castillo se lamentaba indignado de la poca estima en que eran tenidos sus lienzos, achacándolo al mal gusto de los sevillanos.

—Cuando ven un buen cuadro no saben apreciar su mérito,—acostumbraba decir.—Tengo vehementes deseos de abandonar esta ingrata ciudad y trasladarme a Cádiz.

Y una mañana empaquetó, furioso, sus bártulos y partió para Cádiz. Quiso que le acompañase Murillo, pero éste tenía que cuidar de su hermanita, y hubo de quedarse en Sevilla, donde era ya a la sazón ventajosamente conocido. Como seguía pintando en el desmañado estilo de su antiguo maestro, nadie adquiría sus cuadros, de suerte que, no teniendo dinero para pagar a otro artista que le enseñara mejor, pasaba

grandes apuros y tenía que trabajar lo indecible para ganar su propio sustento y el de su hermana.

Por fin, viendo que nadie le compraba sus pinturas, resolvió hacer otro trabajo más barato. Todos los Jueves celebrábase en un arrabal de Sevilla una especie de feria miserable, en la que los gitanos y vendedores ambulantes expendían ropas viejas y frutas baratas en puestos improvisados. Murillo compró algunos metros de tela, cortóla en cuadritos y pintó en éstos figuras de colores llamativos y alegres. Construyó, después, un puesto semejante a los de los vendedores de frutas, cubriólo con un lienzo de colores chillones, y se encaminó el primer jueves a la feria, acompañado de su hermana, que le llevaba los lienzos pintados en la forma dicha; y atraída por el aspecto pintoresco de su puesto, no tardó una gran muchedumbre en congregarse en torno de él.



Una ramilletera española, por Bartolomé E. Murillo.

Las figuras habían sido ejecutadas de prisa y sin gran cuidado, a pesar de lo cual, y aunque Murillo no pudiese sospecharlo, tenían muchas de ellas más mérito que los cuadros desprovistos de colorido que hasta entonces copiara de Castillo. Esto no obstante, ofrecíalas al público casi de balde.

—Y si no os satisface alguna pintura, —gritaba, requiriendo sus pinceles— decidlo, y la retocaré en la forma que más os plazca.

Al público le cayó en gracia aquel pintor joven tan dispuesto a complacer a todo el mundo. Instáronle a que pintase sus telas con más brillantes colores, a que hiciese mayor uso de los rojos, los azules y amarillos, y después, viendo la maravillosa facilidad con que pintaba, rogáronle que esbozase algo nuevo para ellos. La plaza del mercado estaba llena de alegres y bulliciosos niños pordioseros, muchos de los cuales poseían bellísimas facciones, a pesar de sus miserable harapos; y el contraste entre sus caras y sus destrozadas ropas impresionó vivamente a Murillo, quien les dijo:

—Voy a retratar a vuestros propios hijos.

Y, en efecto, tomando sus pinceles, hizo infinidad de retratos de los pintorescos granujillas de los barrios bajos de la capital andaluza. Al cabo de un mes o dos, era el pintor más popular en aquella parte de la ciudad. Asistía todos los jueves a su puesto de la feria, y los restantes días de la semana vagaba por los suburbios trasladando al lienzo las caritas de los pilluelos, o bien se pasaba las horas en las iglesias copiando los mejores cuadros de Jesús y de María.

Mas tarde empezaron a encargarle los comerciantes grandes cantidades

de los lienzos baratos que pintaba, para enviarlos a las colonias españolas. A pesar de los bajísimos precios que obtenía por sus cuadros, podía, a la sazón, Murillo, vivir con su hermana con bastante desahogo, y jamás hubiera pasado de ser un pintor de cuadros baratos de feria, a no haberse encontrado casualmente con un compañero suyo de Granada, llamado Moya.

Moya había estudiado al mismo tiempo que él con Castillo, después de lo cual dejó los pinceles para irse a pelear en Flandes; y habiendo visto allí algunos cuadros de Vandyck, trasladóse a Inglaterra, donde se entrevistó con el célebre pintor del rey Carlos I, y rogó al gran artista que lo admitiese a su lado en calidad de discípulo. Moya no era buen pintor, pero Vandyck era un hombre bondadoso y admitió como discípulo al joven español, por espacio de seis meses, enseñándole a emplear el color con mayor moderación y delicadeza, a más de otras muchas cosas.

A su regreso a Sevilla, enseñó Moya a Murillo algunos cuadros que había pintado conforme al nuevo estilo, y Murillo, que jamás había tropezado con un hombre de genio que le pudiese enseñar, quedóse sorprendido al contemplar los progresos que Moya había realizado, y resolvió buscar un buen maestro. Compró una gran cantidad de tela y empleó varias semanas en transformarla en cuadros para el mercado, que vendió a un agente colonial. Con parte del dinero así ganado hizo con un amigo un arreglo para que su hermana se quedase en su casa por espacio de tres años, y desapareció después de Sevilla, sin que nadie supiese adónde se había marchado.

Regresó transcurridos los tres años, pero no sólo no volvió a ir a la feria de los jueves, sino que arrendó una casa en un buen barrio de Sevilla; instalóse con su hermana en ella, y aguardó una ocasión favorable para mostrar a sus conciudadanos lo que había aprendido. No tuvo que esperar mucho tiempo. Unos frailes mendicantes necesitaban una serie de cuadros para decorar sus claustros; pero, como eran muy pobres, ofrecían por el trabajo una suma bastante escasa. Y lo peor era que, por tan poco dinero, querían que les pintasen once grandes cuadros. Acudieron a varios artistas, pero ninguno quiso comprometerse a realizar aquel trabajo.

—¡Cómo!—díjoles uno de ellos;—con ese dinero no habría para pagar ni siquiera el lienzo y los colores.

Y, como encontrase a Murillo, refirióle lo ocurrido. El inmortal pintor apresuróse a visitar a los frailes y ofrecióse a pintarles los cuadros. Pero ellos, que sólo le conocían como artista de feria, negáronse a confiarle el trabajo. Al fin, y aunque de muy mala gana, tuvieron que acceder a sus deseos, pues no hallaron en toda Sevilla otra persona que se comprometiese a hacerlo por tan poco dinero.

Algunas semanas después, fueron varios artistas al convento para ver cómo iban las trabajos del pintor de ferias, con la esperanza de pasar un buen rato riéndose de los colores chillones y los dibujos defectuosos del estudioso joven; pero cuando vieron los cuadros, prorrumpieron en grandes exclamaciones de sorpresa. Murillo se había convertido de pronto en uno de los mejores pintores del mundo.

LOS CUADROS DE MURILLO QUE NAPOLEÓN SE LLEVÓ A PARÍS

La gracia de su estilo y la belleza de su colorido eran muy superiores a las de todos los pintores de su tiempo, habiendo inventado, en especial, un extraño matiz dorado, suave y luminoso, que parecía el aire mismo del cielo. Uno de aquellos cuadros representaba unos cuantos niños pordioseros pidiendo a un santo varón que les diese un bocado de pan. Eran los mismos niños que tantas veces dibujara Murillo en la feria de los jueves; pero su maravilloso pincel habíalos transformado en encantadores rapazuelos, cuya belleza brillaba a través de sus sucios y desgarrados harapos. Los claustros

Murillo, cuando era joven y pobre, retrataba a los niños pordioseros en la feria de Sevilla.

decorados por él fueron pronto famosos en toda España; y, cuando los franceses penetraron en ellos, en los días de Napoleón, arrebataron estos cuadros a sus legítimos poseedores y se los llevaron a París.

¿Donde había estado Murillo durante sus tres años de destierro? Él mismo se lo refirió a sus amigos, que ardían en deseos de saberlo. Había ido a Madrid y presentádose al célebre pintor de cámara, del rey, Velázquez, quien maravillado del genio que se descubría en los imperfectos ensayos del joven, ofrecióle un alojamiento en su casa y obtuvo para él un permiso para que pudiese estudiar todas las obras maestros del arte pictórico que atesoran



EL FAMOSO CUADRO DE MURILLO TITULADO: « LOS NIÑOS PORDIOSEROS »

LA SAGRADA FAMILIA, DE MURILLO



EL NIÑO JESÚS EN EL HOGAR DE SU MADRE Y DE JOSÉ

SAN JUAN BAUTISTA, CUANDO NIÑO, JUGANDO CON UN CORDERITO

las galerías reales. Señaló bondadosamente a Murillo sus defectos y aconsejóle que copiase los cuadros de los grandes artistas, hasta que por este medio aprendiese a pintar mejor. Vivió Murillo en las galerías reales, por espacio de dos años, trabajando diariamente cuantas horas le permitía la luz. Cuando al cabo de estos dos años mostró a Velazquez una obra original suya, el pintor del rey alargóle una bolsa bien repleta de oro, diciéndole al mismo tiempo:

—« Ahora ya sois un verdadero artista. Aquí tenéis algún dinero que os permitirá hacer un viaje a Italia, donde podréis estudiar en los cuadros de los artistas italianos ».

DE CÓMO REGRESÓ MURILLO AL SENO DE LOS SUYOS

Cuando comprendió Murillo que ya sabía pintar bien, asaltóle el deseo de regresar a la ciudad del Guadalquivir, al lado de su hermanita. Ni aun siquiera quiso permanecer en la corte de España, a pesar de que Velázquez lo presentó al rey Felipe y a su primer ministro. Así pues, marchó sigilosamente y sin ostentación alguna a Sevilla. Su ciudad natal recompensóle el no haberla abandonado, orgullosa de haber producido un pintor de tan relevante mérito.

Murillo era de por sí un hombre cariñoso y modesto, y poseía esa bondad natural que no hay nada capaz de destruir. La fama, la riqueza y los honores que supo conquistarse no alteraron sus bellas cualidades. Gran parte de sus primeras ganancias empleólas en fundar una escuela de artes para los niños pobres. Cierto día, un pobre hombre que acostumbraba servirle la comida en una iglesia donde se hallaba pintando, le pidió un recuerdo suyo:

—¿Qué tenéis en la mano?—preguntóle el pintor.

—Vuestra servilleta—contestóle el criado.—¡Cuánto siento que ahora que ya habéis terminado vuestra obra no vengáis a comer aquí más!

—Dadme la servilleta,—dijo Murillo, —y dejadme disfrutar de la última comida que habéis condimentado para mí.

DE CÓMO PINTÓ MURILLO LA CARA DE UN ÁNGEL

Cuando volvió el criado a recoger los restos de la comida, encontró la servilleta perfectamente extendida y clavada en la pared; pero Murillo había pintado en ella una de sus obras maestras más bellas, la cual se conoce todavía con el nombre de « La Virgen de la Servilleta ».

Cuando estuvo seca la pintura, entregósela al criado a manera de recuerdo

Otro día que estaba el gran artista pintando un gran cuadro en una iglesia, afanábase en dibujar el rostro de un ángel, pero no lograba imprimirle la celestial dulzura que quería que en él resplandeciera. Cansado de luchar, suspendió la labor por un momento, y volviendo la cabeza para que descansasen sus ojos, vió entrar a una mujer hermosísima, perteneciente a una de las más nobles familias sevillanas, avanzar, arrodillarse y ponerse en oración, y hubo de pensar al punto:

—¡Ya tengo, por fin, mi ángel!

Y retratóla sin que ella lo advirtiese.

Poco después, encontróla en la casa de un amigo, y, viendo que era tan buena como bella, se enamoró de ella y la hizo su esposa. Cuando contaba Murillo sesenta y cinco años de edad, fué a Cádiz a pintar un gran cuadro sobre el altar de una iglesia. Levantáronle, al efecto, un andamiaje a propósito, a fin de que pudiese pintar con mayor comodidad; pero el artefacto se hundió, y el insigne artista cayóse con él, matándose (1682). A pesar de haber vivido Murillo en días ya tan lejanos, son, en los tiempos actuales, muy pocas las personas que en Sevilla desconocen el nombre y la obra del inmortal autor de las Inmaculadas.